

Una versión en francés de este artículo ha sido publicada en la revista electrónica *Genre, Sexualité et Société*, n°1, 2009. <http://gss.revues.org/index705.html>

Comentarios bienvenidos (juliosorro@gmail.com)

Romper el tabú de la heterosexualidad, acabar con la “diferencia de los sexos”: aportes del lesbianismo como movimiento social y teoría política*

Jules Falquet

« Al centrarse en la sexualidad, los movimientos gays mixtos *des-colocan la cuestión* de la heterosexualidad ; parte de los movimientos feministas y lésbicos no-mixtos *colocan el sistema* de la heterosexualidad obligatoria y de la organización de la reproducción en el corazón de la opresión de las mujeres, y esto es más amenazante. » (Mathieu, 1999)

Hay que alegrarnos de la actual multiplicación de los movimientos y de las investigaciones sobre la /las sexualidades: tiene el gran mérito de volver cada día más visibles todo un conjunto de prácticas y personas que, en el mundo entero, cuestionan con valentía el orden sexual vigente. Sin embargo, al concentrarse casi exclusivamente en la sexualidad como un conjunto de *prácticas sexuales* y/o deseantes *individuales*, y al darle una considerable importancia a la intervención sobre el *cuerpo* y su apariencia —aquí también, una intervención principalmente individual—, me parece que la corriente dominante dentro de estos movimientos no consigue plenamente alcanzar su meta. Efectivamente, si se trata de cuestionar la binaridad de los géneros o de los sexos y sobre todo su supuesta naturalidad —lo que han estado haciendo amplias capas del movimiento feminista y lésbico desde hace más de treinta años— la focalización en la identidad personal y las prácticas cotidianas puede llevarnos a un callejón sin salida. Un callejón que por cierto es fascinante como pueden serlo el cuerpo y la psique humana, pero que no nos permite llegar a las raíces del problema. De hecho, la tesis que quisiera defender aquí, es que el problema no radica en los cuerpos, ni en las personas. Entonces, donde radica y cómo resolverlo?

Para contestar esta pregunta, propongo aquí un encuentro, o un reencuentro, con otras pistas de análisis y luchas, cuyas premisas han sido enunciadas ya desde la segunda mitad de los años setenta, pero que son hoy poco conocidas y poco utilizadas. Son múltiples las posibles razones de tal ignorancia, involuntaria o deliberada. Primero, la desigual difusión de las diferentes perspectivas según su potencial subversivo y las posiciones de poder (de sexo[1], clase y « raza[2] » entre otras) de las personas y de los grupos que las exponen, ya sea dentro de la academia o desde el mundo del activismo, así como en el marco de las relaciones Norte-Sur[3]. Luego, el debilitamiento de los movimientos sociales “prograssistas” o “revolucionarios” que los originaron y que podrían nutrirlos, y al desarrollo del conservadurismo desde los años ochenta, paralelamente al desarrollo de la mundialización neoliberal.

Sin embargo, lo más importante ahora, no es determinar las razones por las cuales tal o cual orientación domina hoy en las ciencias o en los movimientos sociales, sino entender y transformar la realidad, ya que la imposición del neoliberalismo nos ha llevado a un aumento vertiginoso de las desigualdades según las relaciones sociales de poder de sexo, « raza » y clase. Frente a este brutal aumento de la miseria y de la explotación, ignorar la herencia de las luchas radicales es un error político que no podemos permitirnos.

En un primer momento, para relativizar la actual concepción occidental dominante de la sexualidad y de sus relaciones con el sexo, el género y los mecanismos de alianza (especialmente, las prácticas matrimoniales), expondré algunos datos socio-antropológicos y haré una breve presentación de los principales resultados del trabajo fundamental que Nicole-Claude Mathieu desarrolló a lo largo de los años setenta y ochenta y que reunió en 1991 en un libro de elocuente título: *La anatomía política*. Presentaré después lo que me parece constituir los principales aportes teóricos y políticos del movimiento lésbico, radical y feminista[4] de este período, en los Estados Unidos y en Francia[5]. Para terminar, mostraré cuán importantes son estos aportes en el contexto neoliberal actual, y cómo podríamos enriquecerlos aún más para enfrentar los desafíos analíticos y políticos que conlleva la mundialización.

1. Variedad de las prácticas sexuales y matrimoniales entre « mujeres » y de las significaciones que les son atribuidas

A. Historicidad y multiplicidad de las prácticas sexuales y matrimoniales entre mujeres

El mundo occidental urbano, « blanco » y económicamente privilegiado actual dista mucho de ser el primero o el único en el que haya « mujeres » que establezcan entre sí relaciones sexuales, amorosas o matrimoniales. Existen testimonios bastante antiguos de prácticas sexuales entre mujeres en muy variadas culturas, desde los poemas de Safo de la antigua Lesbos hasta las esculturas muy explícitas de relaciones sexuales entre « mujeres » que se encuentran en la India y se remontan a la época prevédica (Thadani, 1996). En el mundo contemporáneo, también

podemos encontrar prácticas amorosas y/o sexuales entre mujeres en todos los continentes. Lo demuestran por ejemplo para África austral, la existencia del grupo lésbico y gay GALZ de Zimbabwe (Aarmo, 1999), o para África del Oeste, tanto rural como urbana, el reciente número de los *Cahiers de l'Université des Femmes* (Djilo Kamga, 2009). En Asia, lo ilustran entre otras las « tomboys », « mujeres masculinas » que establecen relaciones de pareja con otras « mujeres » en Sumatra, Indonesia (Blackwood, 1999). Para América Latina y el Caribe, el trabajo pionero de Norma Mogrovejo (2000) documenta la formación de grupos lésbicos desde la década de los 70. En el mundo “occidental”, las prácticas amorosas y sexuales entre mujeres no son reservadas a las mujeres blancas y de clase privilegiada, como lo ilustran por ejemplo la vida y obra de la afronorteamericana Audre Lorde (Lorde, 1982, 1984).

El lesbianismo tal como es definido hoy en el pensamiento occidental dominante es una categoría reciente. Implica varios postulados que han sido instalados paulatinamente en el imaginario de las diferentes sociedades. Algunos son ampliamente compartidos más allá del mundo occidental —por ejemplo, la creencia en la existencia de « mujeres » y « hombres », y que est@s « mujeres » y « hombres » son tales con base en un « sexo » que les habría sido asignado por la Naturaleza. Otras son más específicamente occidentales y no tienen más de un siglo: atribuirles a las personas una *identidad* sexual con base en *prácticas* sexuales, afirmar que dicha identidad es estable y permanente (o incluso innata) y finalmente, hacer coincidir esta « identidad » con un tipo de carácter, de personalidad e incluso a veces, de cuerpo.

En cambio, algunas prácticas sexuales o matrimoniales que podrían parecer lésbicas en las lógicas occidentales actuales, no necesariamente lo son desde el punto de vista de las sociedades en que acontecen. Así es como en una treintena de sociedades africanas, como por ejemplo la sociedad Nandi del Kenya occidental, existen formas de matrimonio entre « mujeres », sin que ellas necesariamente tengan prácticas sexuales entre sí (Amadiume, 1987 ; Oboler, 1980). Generalmente se trata, para una mujer rica y mayor, de tener descendencia con una mujer más joven, quien le proveerá hij@s, teniendo relaciones sexuales con un varón. Otro ejemplo lo dan l@s chamanes llamad@s « berdaches » que existen en varias poblaciones indígenas del norte del continente americano. L@s berdaches forman parejas con personas de su mismo « sexo », precisamente por ser considerad@s como pertenecientes al género opuesto a su propio « sexo » (Lang, 1999). Es precisamente esta considerable diversidad y complejidad de los arreglos culturales pasados y presentes, minoritarios y mayoritarios, en torno al sexo, al género y a la sexualidad, lo que el trabajo de Nicole-Claude Mathieu (1991) realza.

B. El marco analítico de Mathieu

El marco analítico que propone Nicole-Claude Mathieu es especialmente interesante ya que abarca a la vez sociedades no occidentales y occidentales, actuales y pasadas, a las que aplica una doble mirada sociológica y antropológica. El meollo de su pensamiento sobre la articulación entre sexo, género y sexualidad aparece en su artículo « Identidad sexual/sexuada/de sexo? Tres

modos de conceptualización de la relación entre sexo y género »[6]. Allí responde a una hipótesis de Saladin d'Anglure (1985), quien piensa que en la sociedad Inuit del Ártico existe un « tercer sexo », lo que según él cuestionaría profundamente la binaridad de los géneros y de los sexos. Según Mathieu, esta hipótesis viene sobre todo a debilitar la teoría de la opresión de las « mujeres », ya que desde el pensamiento feminista materialista, la binaridad de los sexos y géneros no es nada natural (y no tiene que ver con ninguna cuestión corporal), sino que es precisamente el resultado de la opresión social. En este artículo, Mathieu analiza un conjunto de prácticas en torno a la sexualidad, al género o al sexo que el pensamiento occidental actual bien podría llamar de *queer*. Más precisamente, trabaja sobre:

« - [las] « desviaciones [déviances] institucionalizadas », ya sean permanentes u ocasionales, buscando saber si corresponden a una inflexión de la norma o al contrario a su quintaesencia;

- la auto-definición de grupos o individuos considerados como desviados [déviant] o marginales, preguntándose si constituye una solución « normada » a lo que es percibido como inadecuaciones, o bien una subversión. » (Mathieu, 1991 [1989], p 230; para la versión en español, 2005, p 133).

Al estudiar estas « desviaciones » en las más variadas sociedades, Mathieu demuestra (1) que en realidad la mayoría constituyen mecanismos institucionalizados de ajuste al sistema social considerado y/o le son funcionales o funcionalizados y sobre todo (2) que no existe sólo una manera de creer (o no) en la naturalidad del sexo y del género. El artículo de Mathieu es especialmente interesante en la medida en que evidencia los límites de la vulgata sexo-género que, a partir de los años ochenta, ha tendido a sustituirse a los análisis propiamente feministas: no se entiende porqué ni cómo se construyen socialmente el género y el sexo, si no se entiende cómo cada sociedad construye la sexualidad y organiza la reproducción física, material y cultural. Pero sobre todo, como lo pone de manifiesto Mathieu, la mayoría de las sexualidades y/o los géneros “extraños” no constituyen ninguna alternativa radical a las relaciones sociales de sexo: apenas permiten develar el pilar fundamental, tanto del sexo como del género, que es la institución hegemónica de la *heterosexualidad* —que ronda cual espectro en la « teoría de género ». Así, al desenmascarar bajo sus diversas manifestaciones la heterosexualidad como institución política central (y no como “simple” práctica sexual, menos aún como práctica sexual “natural” o “innata”) en muchas sociedades, Mathieu consigue evidenciar no sólo uno, sino tres modos de articulación del sexo, del género y de la sexualidad:

· “*Modo I: Identidad « sexual », basada en una consciencia individualista del sexo. Correspondencia homológica entre sexo y género : el género traduce el sexo.*”

· “*Modo II: Identidad « sexuada », basada en una consciencia de grupo. Correspondencia analógica entre sexo y género: el género simboliza el sexo (y viceversa)*”

· *Modo III: Identidad «de sexo», basada en una consciencia de clase. Correspondencia socio-lógica entre sexo y género: el género construye el sexo*". (Mathieu, 1991 [1989], p 231; para la versión en español, 2005, p 134).

Esta tipología permite tomar distancia con el etnocentrismo y el universalismo errado que caracterizan la mirada y las creencias occidentales contemporáneas dominantes relativas a la sexualidad y a las identidades de sexo. Este des-centramiento desvela el carácter eminentemente relativo, histórico y cultural del sexo, del género y de la sexualidad. Asimismo, Mathieu aporta elementos muy útiles para entender que gran parte de las personas heterosexuales en el mundo occidental, pero también amplias franjas de los movimientos gays, *queer* y trans mundializados que se desarrollan hoy día, en realidad se adhieren al modo I y a veces al modo II de articulación sexo-género-sexualidad.

Por el contrario, lo que propongo en este artículo, es volver a los análisis de otras corrientes que adhieren desde hace tiempo, al igual que la propia Mathieu, a lo que ella llama modo III, anti-naturalista y materialista. Lo define de la siguiente manera : « En el modo III de conceptualización de la relación entre sexo y género, la bipartición del género es concebida como ajena a la « realidad » biológica del sexo (que de hecho se vuelve cada vez más compleja de delimitar), pero no, como lo veremos, a la eficiencia de su *definición* ideológica. Y es precisamente la idea de esta heterogeneidad entre sexo y género (de su naturaleza diferente) que lleva a pensar, ya no que la diferencia de sexos es « traducida » (modo I) o « expresada » o « simbolizada » (modo II) a través del género, sino que *el género construye el sexo*. Entre sexo y género, se establece una *correspondencia socio-lógica*, y política. Se trata de una lógica antinaturalista y de un análisis materialista de las relaciones sociales de sexos. » (Mathieu, 1991, para la versión en español: 2005, p. 157).

Antes de proseguir, es necesario aún aportar algunas precisiones importantes sobre el contexto material y conceptual en el que se sitúan estos análisis.

Los tres modos de conceptualización de las relaciones entre sexo, género y sexualidad descritos por Mathieu se inscriben en el marco de una neta predominancia (numérica y política) de las sociedades organizadas a favor de las personas consideradas como « hombres » y como « machos », que se observa casi en todo el mundo para los periodos históricamente documentados. Funciona gracias a una estrecha combinación entre (1) unas relaciones sociales de sexo variadas pero *patriarcales*[7] y (2) una organización particular de la sexualidad, que toma varias formas también pero que implica para las « mujeres », la imposición generalizada de la heterosexualidad reproductiva y sobre todo la estricta prohibición e invisibilización de la homosexualidad femenina exclusiva.

Por supuesto, existen excepciones. Como lo ilustra un conjunto de investigaciones recientes reunidas por la misma Mathieu (2007), algunas sociedades matrilineares y sobre todo uxorilocales[8] están basadas en relaciones sociales de sexo muchos menos desiguales que las

que la mayoría de nosotr@s conocemos. En cuanto a la sexualidad, es relativamente frecuente que la homosexualidad masculina (ciertas prácticas sexuales, en ciertos períodos de la vida), y sobre todo la homosocialidad, sean integradas a los dispositivos de poder patriarcales ——por ejemplo, entre l@s antigu@s Grieg@s, l@s Azande, l@s Baruya o en los clubes gays de muchas metrópolis actuales, como muy bien lo recuerda Mathieu (1991). En cambio, en general, las prácticas sexuales entre « mujeres » son toleradas apenas si son estrictamente privadas, invisibles y claramente separadas de prácticas homosociales y/o de solidaridad (moral, material), y/o de alianzas (matrimoniales, políticas) visibles[9] entre « mujeres ». Precisamente, al hacer coincidir deliberada y colectivamente las prácticas sexuales-amorosas y las alianzas materiales-políticas entre « mujeres », *en detrimento de las relaciones obligatorias con los « hombres »*, es decir, a partir del lesbianismo como movimiento político, pudieron tener lugar las verdaderas revoluciones teóricas, prácticas y políticas que a continuación presentaré.

2. El lesbianismo como movimiento social y su teorización política

A. Aparición de un movimiento social autónomo y crítica a los demás movimientos sociales

La existencia semi-pública de colectividades lésbicas en diferentes países es muy anterior al desarrollo del movimiento feminista llamado “de la segunda ola”, como lo atestigua por ejemplo el estudio de Davies y Kennedy (1989) en la pequeña ciudad de Buffalo, en los Estados-Unidos maccarthystas de los años cincuenta, que describe comunidades de lesbianas proletarias y/o racializadas organizadas entre otros alrededor de los códigos « butch-fem »[10]. Sin embargo, es sobre todo a partir de los años sesenta y al comienzo de los años setenta, cuando aparece el movimiento lésbico, tanto en el Norte como en el Sur, en un clima de prosperidad económica y de profundos cambios sociales y políticos: desarrollo de la sociedad de consumo, « modernidad » triunfante y aparición de varios movimientos progresistas y/o revolucionarios. En Estados Unidos, los movimientos para los derechos civiles, la liberación Negra[11], la independencia de Puerto Rico o los derechos indígenas, las luchas revolucionarias y de descolonización, la oposición a la guerra de Vietnam, los movimientos feministas y homosexuales, constituyen « escuelas » políticas para toda una generación de militantes. Sin embargo, por variados motivos, estos movimientos dejan insatisfechas a muchas « mujeres » y lesbianas. Es precisamente la crítica de las insuficiencias, contradicciones y vacíos de estos movimientos, lo que las lleva a tomar su autonomía organizativa y sobre todo teórica.

En lo que a las lesbianas se refiere, la primera expresión bastante visible de esta necesidad de autonomía fue formulada por la norteamericana blanca Jill Johnston, quien se hacía eco de las críticas, tanto hacia el movimiento gay dominado por hombres, como hacia el movimiento feminista dominado por mujeres heterosexistas y a menudo heterosexuales. Reunió las columnas que había escrito para el *Village Voice* entre 1969 y 1972, en un libro titulado (por su editor) *Lesbian Nation: the Feminist Solution*. Publicado en 1973 en los circuitos editoriales clásicos,

el libro se vuelve rápidamente un *best-seller*. Más globalmente, se asiste a lo largo de los años setenta y no sin conflictos, al desarrollo de un verdadero movimiento lésbico, con grupos que brotan por todas partes, autonomizándose tanto del feminismo como del movimiento homosexual mixto, y más generalmente, del conjunto de las organizaciones « progresistas » de donde provenían muchas militantes.

Así es como el primer aporte del movimiento lésbico a los demás movimientos sociales, es ofrecerles la oportunidad de cuestionarse sobre sus límites y tabúes, tanto en sus prácticas cotidianas como en sus objetivos políticos —especialmente en el campo de la sexualidad, de la familia, de la división sexual del trabajo o de la definición de los roles femeninos y masculinos. Las innumerables críticas formuladas al respecto por el movimiento lésbico, muchas de las cuales también han sido formuladas por el movimiento feminista, constituyen un espejo volteado hacia los diferentes movimientos sociales y sus activistas, que podría permitirles reflexividad y por tanto, dar realmente a sus proyectos toda la amplitud política que pretenden tener.

B. Teorización de la imbricación de las relaciones de poder y de la necesidad de las alianzas

En este mismo proceso de autonomización y profundización de la reflexión sobre los objetivos a largo plazo y la cotidianidad de los movimientos sociales, aparece en 1974 en Boston el Combahee River Collective, uno de los grupos feministas negros pionero. Nace de una cuádruple crítica: al sexismo y a la dimensión pequeño burguesa del movimiento negro, al racismo y a las perspectivas pequeño burguesas del movimiento feminista y lésbico, al carácter reformista de la National Black Feminist Organization[12], y a la ceguera de las feministas socialistas frente a las cuestiones de « raza ». Frente a todas estas insuficiencias, el Combahee River Collective afirma por primera vez, en un manifiesto que se volvió clásico, la inseparabilidad de las opresiones y por tanto de las luchas en contra del racismo, del patriarcado, del capitalismo y de la heterosexualidad : *« La definición más general de nuestra política actual puede resumirse de la siguiente manera: estamos activamente comprometidas en la lucha en contra de la opresión racista, sexual, heterosexual y de clase y nos damos como tarea especial desarrollar un análisis y una práctica integradas, basadas en el hecho de que los principales sistemas de opresión están imbricados [interlocking]. La síntesis de estas opresiones crea las condiciones en las que vivimos. Como feministas Negras, vemos el feminismo Negro como el movimiento político lógico para combatir las opresiones múltiples y simultáneas que enfrentan el conjunto de mujeres de color. »* (Combahee River Collective, 2007 [1979]). Rápidamente, les hacen eco numerosas lesbianas y feministas « de color ». Entre las iniciativas más significativas figuran la de dos lesbianas chicanas, Gloria Anzaldúa y Cherríe Moraga, que reúnen en un libro pionero las voces de un conjunto de feministas y lesbianas Negras, Indígenas, Asiáticas, Latinas, migrantes y refugiadas. En *This Bridge Called my Back/ Esta puenta mi espalda*, afirman que les es imposible escoger entre su identidad como mujeres y su identidad en cuanto personas « de color » (Moraga & Anzaldúa, 1981).

Desde un punto de vista teórico, las perspectivas abiertas por estas activistas marcan un verdadero cambio de paradigma, con la formulación pionera por el Combahee River Collective del concepto de *imbricación* [*interlocking*][13] de cuatro relaciones sociales de poder (de sexo, clase, "raza" y sexualidad) (Combahee River Collective, 1979). Notemos que esta contribución fundamental a las ciencias sociales es inseparable de su ubicación social como mujeres, Negras, lesbianas y proletarias, es decir, de su *standpoint*[14]. Su capacidad para ver y enunciar esta imbricación también es fruto de su experiencia *colectiva* y de *activistas*. Se trata de un aporte adicional: si tomamos en serio la teoría del *standpoint* (punto de vista situado), en la recepción que se hace de una teoría, conviene tomar en cuenta al menos tres elementos. Son determinantes no sólo la posición social ocupada por la(s) persona(s) que la formulan, sino también el carácter más o menos colectivo del pensamiento, y su tipo de inserción en los proyectos de transformación social.

En el plano político, los aportes de un grupo como el Combahee también son considerables. Primero, las militantes del Combahee afirmaron de forma pionera la ineluctabilidad de la lucha simultánea en varios frentes. Luego, insistieron en la necesidad de que todo el mundo se encargue de las diversas luchas. Combatir el racismo, por ejemplo, es una responsabilidad de las personas blancas como de las demás, y les toca tanto a los hombres como a las mujeres oponerse a las relaciones sociales de sexo patriarcales. Sin embargo, y he allí otro punto central, subrayaron que la organización de estas luchas debería respetar ciertas reglas. La meta no es que cada grupo se encierre y aisle en sus luchas, así como le explica Barbara Smith, una de las militantes clave del Combahee : « *A menudo he criticado las trampas del separatismo Lésbico, practicado sobre todo por mujeres blancas [...] Pero estoy aún más desorientada por el separatismo racial de algunas mujeres Negras. [...] En vez de trabajar para desafiar al sistema y transformarlo, muchas separatistas se lavan las manos y el sistema sigue en pie. [...] La autonomía y el separatismo son fundamentalmente diferentes* » (Smith, 2000 [1983]: xliii). La distinción que propone Smith entre separatismo y autonomía es bastante útil. Al igual que el separatismo, la autonomía implica la libre decisión de cada grupo sobre los criterios de inclusión de l@s militantes y las maneras de trabajar. En cambio, a diferencia del separatismo, permite, y debe desembocar en la creación de espacios de encuentro y de alianzas: « *Las mujeres Negras pueden legítimamente escoger no trabajar con las mujeres blancas; lo que no es legítimo, es condenar al ostracismo a las mujeres Negras que no toman la misma decisión. El peor problema del separatismo, no es a quienes definimos como 'enemigo', sino el hecho de que nos aísla unas de las otras* » (Smith, 2000 [1983] : xliii). Finalmente, y se trata de una consecuencia lógica y particularmente importante de todo lo que precede, frente a la simultaneidad de las opresiones y en el marco de la autonomía política, la estrategia que defiende el Combahee es la búsqueda y construcción activa de coaliciones, pero no sobre la base de una adición de identidades y organizaciones infinitamente fragmentadas, sino a partir de acciones concretas y en vista a formular colectivamente un *proyecto político* (Smith, 2000).

C. Desnaturalización de la heterosexualidad y del sexo

El tercer gran aporte de las lesbianas (feministas y radicales) es el haberle dado la vuelta completa a la perspectiva naturalista del sentido común sobre la sexualidad, el género y sobre todo sobre el sexo. Lo han hecho, cuestionando la idea aparentemente simple e inocente de que la heterosexualidad sería algo meramente *sexual* ligado a un mecanismo *natural* de atracción *entre los dos sexos* (implicando asimismo la existencia de dos, y solamente dos, sexos, además “naturales”).[15]

El primer cuestionamiento contra la supuesta naturalidad de la sexualidad heterosexual, del género y del sexo, es llevada a cabo desde 1975 por la antropóloga blanca Gayle Rubin en su ensayo « The traffic in women. Notes on the “political economy” of sex » (1999 [1975]). En este trabajo audaz, Rubin demuestra el carácter profundamente social de la heterosexualidad. Subraya que el propio Levi Strauss estuvo ‘peligrosamente cerca’ de decir que la heterosexualidad era un proceso socialmente instituido, al afirmar que era la *división sexual del trabajo, socialmente construida*, la que obligaba a la formación de unidades « familiares » que incluyeran al menos una « mujer » y un « hombre ». Más precisamente, lo que la antropología constata, es que con miras a la reproducción biológica y social, hay que *obligar* a l@s individu@s a formar unidades sociales que incluyan al menos una « hembra » y un « macho » —ya que empíricamente se observa que no se forman espontáneamente. Siguiendo los pasos de Levi Strauss y profundizando sus intuiciones, Rubin demuestra que allí radica el papel de la división sexual del trabajo, entendida en esta perspectiva como una prohibición para cada sexo de saber/poder realizar el conjunto de tareas necesarias a su sobrevivencia, lo que lo vuelve materialmente y simbólicamente dependiente del otro. También y sobre todo, tal como lo explica Rubin, es la razón de ser del tabú de la similitud entre « hombres » y « mujeres », íntimamente vinculado al tabú de la homosexualidad —anteriores al tabú del incesto y más fundamentales que éste (1998 [1975])[16].

Algunos años más tarde, al colocar por fin el *lesbianismo* en el corazón de su razonamiento, otras dos escritoras y militantes feministas blancas, Monique Wittig y Adrienne Rich, logran llevar el análisis más lejos. A menudo se presentan estas dos teóricas como opuestas[17], sin embargo, ambas realizaron un reposicionamiento particularmente heurístico del lesbianismo, por medio de una triple operación. Primero, sacaron al lesbianismo del estrecho campo de las prácticas estrictamente sexuales. Luego, desplazaron la atención de esta práctica « minoritaria » (siempre sospechosa) hacia la práctica « mayoritaria »[18] (que nunca se puede poner en tela de juicio), es decir: enfocaron los proyectores sobre la heterosexualidad. Finalmente y sobre todo, demostraron que lo que está en juego tanto en el lesbianismo como en la heterosexualidad no radica tanto en el campo de la sexualidad como en el del poder. Para ambas, la heterosexualidad no es una simple sexualidad basada en una supuesta inclinación sexual natural en el ser humano. Al contrario, es impuesta a las « mujeres » por la fuerza, es decir: por medio de la violencia física y material, incluyendo la violencia económica, a la vez que por medio de un férreo control ideológico, simbólico y político, movilizándolo para tales fines un conjunto de dispositivos que van desde la pornografía hasta el psicoanálisis.

Así es como en su artículo « Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence »[19], Rich denuncia la heterosexualidad *obligatoria* como una norma social e incluso como una institución política construida por medio de la *invisibilización* del deseo y de la misma existencia lésbica —incluso en el movimiento feminista. Ubica el lesbianismo en la perspectiva de un « continuo lésbico » que, más allá de su sexualidad, une a todas las mujeres que se alejan de una u otra forma de la heterosexualidad obligatoria e intentan desarrollar vínculos entre sí para luchar en contra de la opresión de las mujeres. Rich critica ciertos aspectos esencialistas del concepto que se había propuesto antes, de « mujer identificada con mujeres » (Koedt (ed.), 1970). Enfatiza en cambio la existencia de prácticas de solidaridad entre mujeres, como las que describen la escritora Negra Toni Morrison o la primera antropóloga Negra y también escritora Zora Neale Hurston. Retomando estos ejemplos, propone desarrollar una verdadera solidaridad política entre mujeres, nada « natural » ni romántica o ingenua, sino que voluntaria y claramente política, que dé cabida a todas en la lucha por la liberación común. Afirma en un trabajo posterior : « *Es fundamental que entendamos el feminismo lesbiano en su sentido más profundo y radical, como es el amor por nosotras mismas y por otras mujeres, como el compromiso con la libertad de todas nosotras, que trasciende la categoría de "preferencia sexual" y la de derechos civiles, para volverse una política de formular preguntas de mujeres que luchan por un mundo en el cual la integridad de todas —no de unas pocas elegidas— sea reconocida y considerada en cada aspecto de la cultura.* » (Rich, 1983).

Un poco antes, Monique Wittig había ido más allá de Rich, ya que desconectaba por completo el lesbianismo de las prácticas sexuales para encararlo en su dimensión meramente política. La elaboración teórica de Wittig se basa en una de las principales propuestas del feminismo materialista[20]: las « mujeres » y los « hombres » no se definen por su « sexo » ni por ninguna referencia naturalista al cuerpo, sino por la posición que ocupan en la relación social de clase que los une y opone, y que ha sido conceptualizada por Colette Guillaumin como la relación de *sexaje* (1978 [1992]). El sexaje se caracteriza por una relación social de *apropiación física directa* de l@s miembr@s de la clase dominada por los miembr@s de la clase dominante —a l@s que se les llama respectivamente “mujeres” y “hombres”, independientemente de sus características físicas. Estas relaciones sociales materiales de sexaje tienen una vertiente ideológica: la naturalización de l@s dominad@s. Según Wittig, « *lo que constituye una mujer, es una relación social específica a un hombre, relación que otrora hemos llamado sexaje, relación que implica obligaciones personales y físicas, tanto como obligaciones económicas ("asignación a residencia", tediosas tareas domésticas, deber conyugal, producción ilimitada de hijos e hijas, etc.)* » (Wittig, 1980 [2001]) Las « mujeres » y los « hombres » no existen en la Naturaleza, fuera de la sociedad: son categorías políticas que no pueden existir una sin la otra. Las lesbianas, « *al negarse a volverse o a seguir siendo heterosexuales* », más que rechazar meramente las relaciones sexuales con los “hombres”, se niegan a entrar o a quedarse en las relaciones de obligaciones personales y físicas hacia ellos, es decir, rechazan la relación que las crea como “mujeres” y por tanto, cuestionan la misma existencia de las « mujeres » y de los « hombres ». Pero no basta con huir individualmente del mundo heterosexual (de las relaciones de sexaje), ya que fuera de las novelas y de la literatura,

no hay ningún « exterior » : para existir, las lesbianas deben llevar a cabo una lucha política de vida o muerte para la desaparición de las « mujeres » como clase, para destruir el « mito de la Mujer » y para abolir la heterosexualidad : « *nuestra sobrevivencia nos exige contribuir con todas nuestras fuerzas a la destrucción de la clase —las mujeres— en la cual los hombres se apropian de las mujeres. Y esto sólo se puede lograr a través de la destrucción de la heterosexualidad como sistema social, basado en la opresión y apropiación de las mujeres por los hombres, la cual produce un cuerpo de doctrinas sobre **la diferencia de los sexos**[21] para justificar esta opresión.* » (Wittig, 1980 [2001]).

Lo que demuestra Wittig entonces, es que la heterosexualidad (1) no es natural sino social (2) no es una práctica sexual sino una ideología, que ella llama « el pensamiento *straight* » y sobre todo, (3) que esta ideología, que fundamenta la opresión patriarcal de las « mujeres » y de su apropiación por la clase de los « hombres », se basa en la ferviente y perpetuamente renovada creencia en que existe una *diferencia de los sexos*. Wittig muestra cómo esta « diferencia de los sexos » constituye un postulado subyacente no sólo al sentido común, sino al conjunto de las « ciencias » occidentales, desde el psicoanálisis hasta la antropología. Sin embargo, esta hipótesis oculta nunca se busca probar, ni siquiera está sometida al análisis; pero así cómo lo remarca Wittig, la desmiente, día tras día, la existencia *política* de las lesbianas y de sus movimientos.

Los desafíos actuales

¿Qué balance podemos hacer hoy de estas teorizaciones, que constituyen la base de un pensamiento feminista y/o lésbico materialista, antinaturalista y radical? ¿En qué medida nos permiten atacar de raíz los problemas « de fondo » que evocaba al principio de este artículo? ¿Y cuáles son, finalmente, estos problemas?

El primer problema, tal como lo repiten con insistencia las activistas lesbianas y feministas Negras, Indígenas, migrantes, racializadas y no-privilegiadas en general, entre otras, es la imbricación de las relaciones sociales de poder. Esta imbricación cuestiona profundamente las orientaciones dominantes del movimiento LGBTQ[22], que combate a menudo un solo tipo de relaciones sociales (de sexualidad y si acaso, de sexo), mientras que al no cuestionarse suficientemente sobre dicha imbricación, refuerza objetivamente las perspectivas « gay-masculinas-patriarcales », blancas y de clase media. Por supuesto, no se trata aquí de negar la legitimidad de las luchas de todas las sexualidades y géneros « minoritarios », sino exhortar a la vigilancia para no “perder”, por el lado de la « raza » y de la clase, lo que se gane tal vez en el campo de la sexualidad y de las relaciones sociales de sexo. Simultáneamente, la consciencia de la imbricación de las relaciones de poder obliga a llevar más lejos las perspectivas de Wittig, Rich o Mathieu. Hay que seguir analizando cómo la heterosexualidad en cuanto ideología e institución social, construye y naturaliza no sólo la « diferencia de los sexos », sino también la « diferencia » de « raza » y de clase. Se trata de un campo inmenso y apasionante en el que la mayoría de los análisis quedan por hacer.

Se hace vital trabajar este punto, en la medida en que la mundialización neoliberal está reforzando diariamente el nacionalismo, la xenofobia y el esencialismo de « raza » y sexo. Asistimos al desarrollo de un pensamiento político extremadamente reaccionario, naturalista y a-histórico, paralelamente al despliegue de los fundamentalismos religiosos desencadenados por las políticas criminales de los gobiernos de los países más ricos. Para combatir este regreso del esencialismo, el trabajo de Guillaumin sobre la naturalización de la « raza » y del sexo —una de las principales fuentes de la corriente materialista feminista y lésbica— constituye un punto de apoyo bastante sólido. Pero no nos equivoquemos : la naturalización de la posición social de las personas y el desarrollo de lo religioso como máxima expresión de lo político no son el enemigo principal : son sólo dimensiones ideológicas del problema de fondo, que sigue siendo el proceso material de extracción y concentración de riquezas, es decir, de explotación, que la mundialización neoliberal ha intensificado como nunca.

Precisamente, una tercera serie de desafíos (tal vez el meollo del « problema ») tiene que ver con el reforzamiento de las relaciones sociales de poder y el deterioro de las condiciones de vida de una parte considerable de la población mundial. El empobrecimiento brutal de la mayoría de las « mujeres » (y de los « hombres ») en el mundo, obliga a muchas personas a desplazarse, justo cuando las políticas migratorias nacionales e internacionales se endurecen. Podemos observar cómo se ilegaliza la migración, cómo se fabrica la minorización jurídica de sectores enteros de la población, cómo se encierran centenares de miles de personas en campos de refugiados, campos de retención, cárceles de todo tipo y demás ghettos urbanos. También aumentan las separaciones “étnicas” y la segregación por sexo de los espacios, ya sea por medio de leyes explícitas, de restricciones en el acceso a los recursos para movilizarse (dinero, documentos de viaje, visas que niegan aún más a las mujeres, sobre todo si pretenden viajar solas), o por medio de la violencia directa, como lo ilustra el aumento de los feminicidios en muchas partes del mundo. Paralelamente a este control de la movilidad humana, el mercado de trabajo se transforma y se informaliza, empujando a una cantidad cada vez mayor de mano de obra hacia lo que he llamado el « continuo del trabajo considerado como femenino », que no es ni totalmente gratuito, ni realmente asalariado —o sea, fundamentalmente, el conjunto del trabajo llamado “poco calificado” y de los « servicios » esperados y extraídos a bajo costo de las personas socialmente construidas como « mujeres » (Falquet, 2009).

Los análisis de Paola Tabet, otra teórica materialista, podrían ser muy útiles, en especial su concepto de *intercambio económico-sexual* (2004). Efectivamente, podrían ayudar a entender mejor las nuevas lógicas de alianzas matrimoniales, sexuales y de trabajo de las « mujeres » empobrecidas y racializadas —y por tanto, una parte importante de sus prácticas sexuales y de género. Efectivamente, debido a su frecuente ausencia de autonomía jurídica, las posibles « opciones » de vida para estas mujeres oscilan cada vez más entre casarse con hombres más blancos, más ricos y de nacionalidades más privilegiadas, y el trabajo sexual en todas sus modalidades. Por ende sería necesario incorporar plenamente las teorías de la imbricación de las relaciones sociales, para analizar cómo se organiza este intercambio económico-sexual y cómo se

combina con el trabajo remunerado « clásico ». Arrojaría nuevas luces sobre las intervenciones sobre el cuerpo. Por ejemplo, el hecho de construirse senos, “mejorarlos” o aclararse la piel: ¿contribuye a volverse o a seguir siendo una « mujer », « blanca/bella »? ¿ O permite garantizar la fidelidad de un marido, hallar más clientes o asegurar un trabajo donde se exige “buena presentación”?

Como podemos ver, los problemas son muchos y complejos. Sin embargo, aunque haya que seguirlos desarrollando, disponemos al menos de dos poderosas herramientas complementarias: las teorías de la imbricación de las relaciones sociales de sexo, “raza” y clase, y el análisis del « pensamiento *straight* », es decir de la heterosexualidad como ideología e institución política subyacente a todas las otras relaciones sociales. Estas teorías incitan a alejarse resueltamente de las políticas « identitarias » que se hipnotizan alrededor de la defensa, adquisición o liberación de determinados atributos simbólicos, corporales y/o psíquicos de cierto sexo, « raza » o clase. Lo demostraron de sobra las lesbianas feministas: la Naturaleza no existe y dichos atributos no son más que los marcadores y las consecuencias de la asignación forzosa a un lugar determinado en la organización social del trabajo. Pueden cambiar sin perturbar, o apenas, la organización del trabajo y la lógica del acceso a los recursos. Si se lucha en un solo terreno a la vez, la imbricación de las relaciones sociales permite el reacomodamiento de las mismas sin que se modifique el problema de fondo: la opresión y la explotación. Por tanto, son la opresión y la explotación las que debemos atacar si queremos combatir efectivamente sus efectos, y no al revés. En otros términos, las luchas que probablemente serán más fructíferas, son aquellas que tienden a modificar *la organización de la división del trabajo, del acceso a los recursos y a los conocimientos*. Y para empezar, podemos re-apropiarnos de los análisis de los movimientos sociales que se propusieron transformar de raíz las relaciones sociales de poder.

Bibliografía:

Aarmo, Margaret. 1999. “How homosexuality became “un-african” : the case of Zimbabwe”. Pp 255-280. In : Wieringa, Saskia, Blackwood, Evelyn (Editors). *Same sex relations and female desires. Transgender practices across cultures*. New York : Columbia University Press.

Amadiume, Ifi. 1987. *Male daughters, female husbands. Gender and sex in an African society*. London : Zed Books.

Blackwood, Evelyn. 1999. « Tombois in West Sumatra : constructing masculinity and erotic desire ». pp 181-205. In : Wieringa, Saskia, Blackwood, Evelyn (Editors). *Same sex relations and female desires. Transgender practices across cultures*. New York : Columbia University Press.

Chetcuti, Natacha ; Michard, Claire (dir.). 2003. *Lesbianisme et féminisme. Histoires politiques*, Bibliothèque du féminisme. Paris : L’Harmattan. 314 p.

Collectif. 1981. « La contrainte à l'hétérosexualité » (editorial). *Nouvelles Questions Féministes*, n°1. Mars 1981.

Collectif. 1987. Mouvements lesbiens en France 1970-80. *Archives, recherches et cultures lesbiennes* (Paris), n° 6, dic. 1987 (Número especial).

Combahee River Collective. 2006 [1979]. "Déclaration du Combahee River Collective". In : Jules Falquet, Emmanuelle Lada, Aude Rabaud. 2006. *(Ré)articulation des rapports sociaux de sexe, classe et "race". Repères historiques et contemporains*. Cahiers du CEDREF. Paris : Université Paris-Diderot. Pp 53-67. (Publicación original : « Black Feminist Statement ». In : Zillah Eisenstein, *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*. New York : Monthly Review Press. Pp. 362-372.)

Curiel, Ochy. 2002. "La lutte politique des femmes face aux nouvelles formes de racisme. Vers une analyse de nos stratégies". *Nouvelles Questions Féministes*, Vol. 21, n°3. pp 84-103.

Curiel, Ochy, Falquet, Jules (coordinadoras), 2005, *El patriarcado al desnudo, Tres feministas materialistas*, Buenos Aires : Brecha Lésbica. 175 p.

Davis, Madeleine, Kennedy, Elisabeth. 1989. "History and the study of sexuality in the lesbian community : Buffalo, New York, 1940-1960". Pp. 426-440. In : Duberman, Martin B, Vicinus, Martha, Chauncey, Georges (editors). *Hidden from history. Reclaiming the gay and lesbian past*. New York : Penguin Books. 579 p.

Delphy, Christine. 1996. « L'invention du "French feminism" : une démarche essentielle ». *Nouvelles Questions Féministes*, Vol. 17, n°1. pp 15-58.

Djilo Kamga, Marthe (dir.). 2009. *Cahiers de l'Université des Femmes*, Bruxelles.

Falquet, Jules. 2004. "Lesbianismo". In : Hirata, Helena, Laborie, Françoise, Le Doaré, Hélène, Sénotier, Danièle. *Diccionario crítico del feminismo*. Madrid : Editorial Síntesis. Pp139-145.

Falquet, Jules. 2006. "Le Combahee River Collective, pionnier du féminisme Noir. Contextualisation d'une pensée radicale". In : Falquet, Jules ; Lada, Emmanuelle ; Rabaud, Aude. *(Ré)articulation des rapports sociaux de sexe, classe et "race". Repères historiques et contemporains*. Cahiers du CEDREF. Paris : Université Paris-Diderot. Pp 69- 104.

Falquet, Jules. 2006. "La pareja, este doloroso problema. Hacia un análisis materialista de los arreglos amorosos entre lesbianas", in : Falquet, Jules, 2006. *De la cama a la calle : perspectivas teóricas lesbico-feministas*. Bogotá : Brecha Lésbica. s

Falquet, Jules. 2009. "La règle du jeu. Repenser les rapports sociaux de sexe, de classe et de "race" dans la mondialisation néolibérale". In : Dorlin, Elsa (dir., avec la collaboration d'Annie Bidet). *Sexe, race, classe. Pour une épistémologie de la domination*. Paris : Collection Actuel Marx Confrontation, 320 p.

Guillaumin, Colette. 1992 [1978]. « Pratique du pouvoir et idée de Nature. (I) L'appropriation des femmes. (II) Le discours de la Nature ». *Questions Féministes*, n° 2 et 3. Republicado en Guillaumin, Colette, 1992. *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*. Paris : Côté-femmes. Pp 13-48. El primer capítulo ha sido traducido al español en : Curiel, Ochy, Falquet, Jules (coordinadoras), 2005, *El patriarcado al desnudo, Tres feministas materialistas*, Buenos Aires : Brecha Lésbica.

Harding, Sandra. 1991. *Whose science? Whose knowledge? Thinking from womens's live*. New York : Cornell University Press.

Hill Collins, Patricia. 1990. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Boston: Unwin Hyman.

Jeffreys, Sheila. 1996. *La herejía lesbiana. Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana*. Madrid : Ediciones Cátedra. 331 p. Título original : *The lesbian heresy. A feminist perspective on the lesbian sexual revolution*.

Johnston, Jill. 1973. *Lesbian Nation : the Feminist Solution*. New York : Simon & Schuster. 282 p.

Koedt, Anne (Ed.). 1970. *The Woman-Identified Woman, Radical feminism*. New York : Quadrangle.

Lang, Sabine. 1999. « Lesbians, Men-Women and Two-Spirits : Homosexuality and Gender in Native American Cultures ». pp 91-118. In : Wieringa, Saskia, Blackwood, Evelyn (Editors). *Same sex relations and female desires. Transgender practices across cultures*. New York : Columbia University Press.

Lorde, Audre. 1982. *Zami : a new spelling of my name*. Trumansberg : The Crossing Press.

Lorde, Audre. 1984. *Sister Outsider : Essays and speeches*. New York : Crossing Press. En español : *Mi hermana, la extranjera*.

Mathieu, Nicole-Claude. 1991 [1989]. « Identité sexuelle, sexuée, de sexe ? Trois modes de conceptualisation de la relation entre sexe et genre ». In : Mathieu, Nicole-Claude. *L'anatomie politique, Catégorisations et idéologies du sexe*. Paris : Côté-femmes. Pp 227-266. (Primera publicación in Daune-Richard, Anne-Marie ; Hurtig, Marie-Claude ; Pichevin, Marie-France

(eds). 1989. *Catégorisation de sexe et constructions scientifiques*. Aix en Provence : Université de Provence (Petite collection CEFUP). Pp 109-147.) Ha sido traducido al español en : Curiel, Ochy, Falquet, Jules (coordinadoras), 2005, *El patriarcado al desnudo, Tres feministas materialistas*, Buenos Aires : Brecha Lésbica.

Mathieu, Nicole-Claude. 1999. « Bourdieu ou le pouvoir auto-hypnotique de la domination masculine », *Les Temps Modernes*, n° 604, mayo-julio 1999, pp 286-234.

Mathieu, Nicole-Claude (dir.). 2007. *Une maison sans fille est une maison morte. La personne et le genre en sociétés matrilineaires et/ou uxori-locales*, Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 503 p.

Mogrovejo, Norma. 2000. *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México : Plaza y Valdés, CDAHL, 99 p. 397 p.

Mogrovejo Aquisé, Norma ; pessah, marian ; Espinosa Miñoso, Yuderkys ; Robledo, Gabriela (eds.). *Desobedientes. Experiencias y reflexiones sobre poliamor, relaciones abiertas y sexo casual entre lesbianas latinoamericanas*. Buenos Aires : En la frontera, 99 p.

Moraga, Cherrie ; Anzaldúa, Gloria. 1981. *This bridge called mi back : writings by radical women of color*. Watertown, Massachussets : Persephone Press. Versión en español : Moraga, Cherríe ; Castillo, Ana (eds.) (1988). *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco : Ism Press-Editorial "ismo". Traducción por Ana Castillo y Norma Alarcón.

Moses, Claire. 1996. « La construction du "French Feminism" dans le discours universitaire américain ». *Nouvelles Questions Féministes*, Vol. 17, n°1. pp 3-14.

Oboler, Regina Smith. 1980. « Is the female husband a man ? Woman/woman marriage among the Nandi of Kenya ». *Ethnology*, XIX, 1. pp 69-88.

Rich, Adrienne. 1980. " Compulsory heterosexuality and lesbian existence ". *Signs : Journal of Women in Culture and Society*, (5) 4. Pp 631-660. (Publicado en francés : « La contrainte à l'hétérosexualité et l'existence lesbienne ». *Nouvelles Questions féministes*, n°1, mars 1981. Pp 15-43.)

Rich, Adrienne. 1983. *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona : Icaria Antrazyt. 358 p. (Título original : *On lies, secrets and silence*. New York : Norton and Co.)

Rubin, Gayle. 1984. « Thinking sex : notes for a radical theory of sexuality ». Pp 267-319. In : Vance, Carol (Ed). *Pleasure and danger : exploring female sexuality*. Boston : Routledge & Kegan.

Rubin, Gayle. 1999 [1975]. « L'Économie politique du sexe : transactions sur les femmes et systèmes de sexe/genre ». *Les Cahiers du CEDREF*, n°7, Université Paris 7. (Primera publicación en ingles : 1975. « The traffic in women. Notes on the "political economy" of sex ». In : Rayna R. Reiter (ed.) *Toward an anthropology of women*. Pp 157-210.)

Saladin d'Anglure, Bernard. 1985. « Du projet "PAR.AD.I" au sexe des anges: notes et débats autour d'un "troisième sexe" », *Anthropologie et Sociétés* 9, 3 : 139-176.

Segato, Rita Laura. 2003. « La invención de la naturaleza : familia, sexo y género en la tradición religiosa afrobrasileña ». In : Rita Laura Segato. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires : Prometeo, Universidad Nacional de Quilmes. Pp 181-224.

Smith, Barbara y al. 1983. *Home girls : a black feminist anthology*. New York : Kitchen Table, Women of Color Press. (reedición con una nueva introducción : 2000 : Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey & London.)

Tabet, Paola. 2004. *La grande arnaque. Sexualité des femmes et échange économique-sexuel*. Paris : L'Harmattan. Bibliothèque du féminisme. 209 p.

Thadani, Gita. 1996. *Sakhiyani. Lesbian desire in Ancient and Modern India*. London : Cassell. 129 p.

Vance, Carol. 1984. « Pleasure and danger : toward a politics of sexuality ». Pp 9-27. In : Vance, Carol (Ed). *Pleasure and danger : exploring female sexuality*. Boston : Routledge & Kegan Paul.

Wieringa, Saskia, Blackwood, Evelyn (Editors). 1999. *Same sex relations and female desires. Transgender practices across cultures*. New York : Columbia University Press. 348 p .

Wittig, Monique. 1980. « La pensée straight ». *Questions Féministes*, n°7, février 1980. Pp 45-54. (Publicación en Estados Unidos, en inglés : « The Straight mind », *Feminist Issues*, n°1, Summer 1980.)

Wittig, Monique. 1980. « On ne naît pas femme ». *Questions Féministes*, n°8, mai 1980. Pp 75-84.

[1] Para contrarrestar la fuerte tendencia a la naturalización de varias categorías de análisis, que a veces se confunden con las categorías del sentido común, uso en este texto muchas comillas. Llamaré « mujeres » entre comillas una persona socialmente considerada como tal, en determinada sociedad, independientemente de cualquier consideración naturalista.

[2] Utilizo aquí el concepto de « raza » para designar el resultado de una relación social de poder que incluye dimensiones diversas, como el « color » pero también el estatuto migratorio o la nacionalidad, entre otras.

[3] Uso las categorías Sur, Norte y Occidente como categorías políticas. De ninguna manera se trata de bloques monolíticos y a-históricos. El Occidente es múltiple y contrastado, tanto como el Sur y el Norte. Todos están atravesados por contradicciones de sexo, clase, « raza », regionales etc., y están en permanente transformación.

[4] No puedo entrar aquí a la complejidad de las designaciones de cada corriente política lesbica y feminista, que abordé en otro artículo (Falquet, 2006).

[5] Por supuesto, el mundo es infinitamente más ancho, pero estos dos países son aquellos en donde vivían las activistas y teóricas que escogí presentar en este trabajo, con toda consciencia de dejar por fuera otras reflexiones importantes.

[6] Mathieu presentó las bases de este trabajo en 1983, en el Décimo Congreso Mundial de Sociología, en México (mucho antes de los « descubrimientos » de Butler, pero no fue ni en inglés, ni en Estados Unidos, ni valiéndose de Foucault y demás « hombres famosos »). Posteriormente fue publicado en 1989 en un libro colectivo (in : Daune Richard, Hurtig & Pichevin), y luego retomado en 1991 en el ya mencionado libro de Mathieu, que ofrece una perspectiva de conjunto sobre su trabajo, *L'anatomie politique*. Se encuentra traducido al español, así como dos artículos muy importantes de Colette Guillaumin y Paola Tabet, en: Curiel, Ochy, Falquet, Jules (compiladoras), 2005, *El patriarcado al desnudo, Tres feministas materialistas*, Buenos Aires : Brecha Lesbica.

[7] No uso el adjetivo patriarcal para referirme a un sistema que sería universal y a-histórico (esta idea ha sido ampliamente criticada y desechada, siendo por otra parte incoherente con la perspectiva de una co-formación de las relaciones sociales de poder). El adjetivo patriarcal califica un conjunto de configuraciones de relaciones sociales de sexo desfavorables para las « mujeres » (las relaciones sociales en un grupo y una época determinad@s pueden ser más o menos patriarcales, es decir, más o menos opresivas para las « mujeres », de la misma forma en que pueden ser más o menos racistas por ejemplo).

[8] Uxorilocal significa que la pareja recién casada se instala donde la familia de la esposa. Matrilínea significa que el parentesco socialmente significativo es el que sigue la línea materna-femenina.

[9] Por esta razón, la transgresión por parte de algunas « mujeres » de la apariencia socialmente prescrita para las « mujeres » y sobre todo de su lugar en la división del trabajo, es especialmente sancionada en la mayor parte de las sociedades (las « mujeres » que se niegan a la maternidad y/o a la crianza de l@s niñ@s, al trabajo doméstico, al intercambio económico sexual con los « hombres », o que pretenden ganar un mejor salario que los « hombres » y ocupar posiciones de poder). Para sortear estas sanciones, hay que ser bastante hábil, disponer de un apoyo colectivo y/o tener privilegios de edad, « raza » y/o clase.

[10] Dentro de ciertos códigos, se le dice « butch » a una lesbiana « masculina » y « fem » a una lesbiana « femenina », ya sea en sus prácticas sexuales y/o sociales.

[11] Utilizo aquí el término Negro por corresponderse al término Black, que fue usado mayoritariamente en los Estados Unidos en aquella época.

[12] Fundada en 1973, se trata de la primera organización feminista negra de carácter nacional en Estados Unidos.

[13] Existen varias formulaciones teóricas sobre este tema: imbricación, interseccionalidad, co-formación, consubstancialidad de las relaciones sociales de poder, que no podemos discutir ahora. Utilizaré aquí el concepto de imbricación, aunque la cuestión de la teorización más adecuada siga abierta.

[14] La teorización del punto de vista situado [*Standpoint Theory*] ha sido desarrollada tanto por varias feministas Negras como belle hooks y Patricia Hill Collins (1990), con sus reflexiones sobre la posición de las mujeres Negras como *outsiders within* y las condiciones de posibilidad del pensamiento feminista Negro, como por la feminista blanca Sandra Harding (1991).

[15] Otras lesbianas han cuestionado, a su vez, la monogamia, como institución que une a dos, y solamente dos personas y que se opone a otras formas de organización y alianzas, como pueden ser las comunidades de todo tipo: Falquet (2006), Mogrovejo et Al. (2009).

[16] A partir de los años ochenta, Rubin desarrolla análisis que se alejan de la corriente teórica aquí presentada, al reducir el lesbianismo a una simple sexualidad entre otras muchas.

[17] Efectivamente, la revista *Questions Féministes* estalla después de haber publicado los dos artículos de Wittig, en el marco de un conflicto en el movimiento feminista en Francia alrededor de la cuestión del supuesto « separatismo lésbico » (en realidad, en torno a la cuestión del lesbianismo radical). Cuando la revista vuelve a salir bajo el nombre de *Nouvelles Questions Féministes*, publica inmediatamente la traducción del artículo de Rich, presentándolo en el editorial como su « nueva línea » y oponiendo por tanto Rich a Wittig (Collectif, 1981). Sin embargo, más que la oposición Wittig/Rich, sería importante explorar las causas y consecuencias de esta escisión en la revista *NQF* y en el movimiento, que afectó profundamente el desarrollo teórico de la corriente feminista materialista francesa. Sería igualmente interesante analizar en paralelo (1) la posterior invención, en Estados Unidos, del « *french feminism* » (Delphy, 1996; Moses, 1996), (2) la evolución teórica de autoras como Gayle Rubin y del movimiento feminista y lésbico norteamericano sobre la sexualidad, a partir de la conferencia del Barnard College de 1982 sobre la « política sexual » y (3) mucho más recientemente, el auge de las teorías butlerianas, que parten de otro campo disciplinario (la filosofía en vez de la sociología e antropología) y se apoyan tanto en Wittig como en interpretaciones de teóricos franceses para nada feministas.

[18] Estos conceptos de mayoritario y minoritario no se refieren a números, sino a cuestiones de hegemonía y relaciones sociales de poder, tal como los definen autoras como Colette Guillaumin o Danièle Juteau Lee.

[19] « Hétérosexualité obligatoire et existence lesbienne », publicado en 1980 en la revista *Signs* y en 1981 en *Nouvelles Questions Féministes*.

[20] El feminismo materialista francés se desarrollaba en aquel momento alrededor de la revista *Questions Féministes*, en la que fueron publicados (antes de su estallido) sus dos artículos « On ne naît pas femme » y « La pensée *straight* », frutos de un trabajo presentado primero en inglés durante una conferencia realizada en 1978 en Estados Unidos y publicados en francés en 1980 (*Questions Féministes*, 7 y 8).

[21] El énfasis es mío.

[22] Lésbico, gay, bisexual, trans y *queer*.